



Enderson Ch / Rembrandt y
otros / 2022 /Manipulación
digital de retrato de
Rembrandt

Tito y los animales

Tito and the animals

Douglas Bohórquez¹

Universidad de Los Andes, Venezuela

djbohorquez@gmail.com

Cortóse, por lucir más elegante, / las patas y la trompa un
elefante / Y un hombre que lo vio, / creyéndolo un cochino
lo mató / Por más que se las eche uno de fino / siempre hay
quien lo confunda con un cochino

Aquiles Nazoa

¹Licenciado en Letras (LUZ), Doctor en Semiología de la Universidad de París VII. Ha sido profesor invitado en universidades europeas y de América Latina. Sus áreas de estudio son la literatura venezolana, la literatura latinoamericana y la teoría literaria. Profesor titular de la ULA- Trujillo

Mi hermano Tito es médico veterinario pero aborrece los animales. De niño le daban terror las cucarachas y las taras brujas. Salía huyendo ante la presencia de ratas, ratones y demás roedores. Nunca lo vi acariciar un perro, un gato o un conejo. Cuando íbamos de paseo al zoológico, él rechazaba tajantemente la invitación. Definitivamente los animales no eran su atracción preferida. Evitaba ir al patio pues la arena, las piedras, el polvo molestaban su límpida percepción de la vida. Solía más bien divertirse armando rompecabezas o dibujando aviones, trenes o casas al estilo europeo. Nada tampoco que ver con exponerse al sol en la playa, a la lluvia o jugar tirando piedras en los charcos. Mi madre apreciaba profundamente su sentido de la higiene, lo resguardaba de las subidas a los cerros cercanos con sus amiguitos y estimulaba su inteligencia promoviendo en él nuevos desafíos mentales: memorizar fechas históricas, nombres de países y lejanas capitales del mundo, grandes invenciones de científicos, aprender nuevas y complicadas operaciones aritméticas. Tito se convirtió pronto en un ávido lector de historias referidas a países lejanos, de biografías de científicos y de relatos de aventuras.

Cuando creció Tito se interesó en el aprendizaje de extraños idiomas: el japonés, el chino mandarín y el estonio. Creció viendo películas de suspenso y leyendo novelas y relatos de ciencia ficción. Aldous Huxley, George Orwell, Isaac Asimov eran algunos de sus autores favoritos. Se tornó recurrente en sus sueños, casi una pesadilla, la imagen vista en una película de Alfred Hitchcock en la que una multitud de pájaros ataca a una mujer indefensa. Desde entonces la sola imagen de un zamuro o de un magnífico cóndor le causaba un indescriptible horror. Cuando le preguntaban por sus intereses profesionales decía que le gustaba la ingeniería espacial o la robótica pero evadía las carreras que tuvieran que ver con la electricidad pues una vez intentó abrir la nevera de la casa y casi muere electrocutado.

Nuestro padre se había dedicado con cierto éxito a la crianza de pollos, cabras y cerdos pero la competencia y las nuevas enfermedades de las aves y los porcinos hacían cada vez más difícil el negocio. La familia había entrado en algunos aprietos económicos. Mi padre nos reunió a todos y solemnemente nos explicó la nueva realidad económica y dijo que era conveniente que alguno de sus hijos estudiara una carrera que tuviera que ver con el cuidado de los animales. Se había enterado que acababan de abrir en la Universidad los estudios de medicina veterinaria. Era necesario mejorar y multiplicar la crianza de sus animales que tanto amaba. Tito levantó la mano. Era el hermano mayor. Entendió, dada su agilidad con las matemáticas, que ya las cuentas no daban. Mi madre decía que escaseaban los ingredientes para el lomo negro y para las tortas de cumpleaños. Tito se vio así mismo como el salvavidas de la familia. Todos sabíamos sin embargo



que cualquier detritus, mancha o suciedad que delatara la presencia de algún animal rastrero o sabandija provocaba su alarma. Decía que las moscas y arañas eran sus enemigos personales. Eran para él como la imagen del mal. Mamá le ayudaba a combatirlos. Hacía que ella comprara todo tipo de productos de limpieza. No entendía por qué Dios los había creado.

Una tarde de agosto, después de considerar otras opciones de estudio como la química pura o la física nuclear se decidió por la medicina veterinaria. Fue a la Facultad recién creada y se inscribió como uno de los primeros de la lista. Pronto, le dijo un profesor, llamarían a los seleccionados y comenzarían las clases. Le hicieron una pequeña prueba de coeficiente intelectual y resultó muy exitosa.

- De seguro, agregó el profesor, tú entrarás pues tus notas y record académico del bachillerato están perfectos, excelentes. Tito sabía que el estudio de los animales no era su vocación, pero alguien de la familia debía sacrificarse pues en el campo, insistía papá, estaba el sustento de todos.

La Facultad de medicina veterinaria fue para Tito otro mundo. Él nunca había tenido que ocuparse de los animales. Para eso siempre había estado Eustoquio, el capataz de la granja, quien coordinaba los trabajos junto con otros empleados. Tito solo llevaba las cuentas de papá. Pronto en la Facultad tuvo que entrar a laboratorios para hacer pruebas con ratones o manipular cadáveres de animales para estudiar sus anatomías. Esos eran sus peores momentos. Sentía asco. Se resistía a tocar esos huesos. Usaba doble bata blanca, guantes de protección y tapabocas. Los profesores veían exageradas sus medidas de higiene pero lo disculpaban porque era un alumno brillante en las asignaturas teóricas. Su mayor dificultad consistía en las materias prácticas que implicaban asistir a las haciendas rurales en las que tenía que enfrentarse a lo que para él era el nauseabundo estiércol de los cerdos, la bosta de las vacas o el excremento de las ovejas. Además para colmo era conminado por sus profesores a palpar el ano de las vacas para detectar posibles embarazos. Era lo peor que le podía ocurrir. En esas ocasiones hacía un gran esfuerzo pero pensaba en las cuentas de papá, el lomo negro y las tortas de cumpleaños. Destacó sin embargo con notas de excelencia en todo lo que tenía que ver con la salud pública, por lo que pronto fue descubriendo que su verdadera inclinación no era curar perros, pollos, cabras o cerdos sino eliminar animales presuntamente dañinos o peligrosos para la especie humana. Su utopía personal fue creciendo en torno a la idea de un mundo perfectamente aséptico, libre de insectos y de todo tipo de contaminación ambiental.

Pero no todo fue horror para Tito en la Facultad. Allí conoció a Sandra, una bella compañera de estudios que amaba los animales y descollaba por su inteligencia práctica. Se había sentado a su lado en algunas clases de parasitología y de genética animal. Se sentía atraído por ella. Era hermosa. Nunca se había atrevido a hablarle. Era tímido. Habían coincidido también



1.bp.blogspot.com

en varias prácticas de campo. Ahora por fin, después de salir de unos exámenes parciales, y encontrarse por azar frente a frente esperando a otros compañeros, él se atrevía a preguntarle cómo le había ido. Sentía una fuerza irresistible que lo atraía hacia ella, como un empuje un poco brutal ¿Era él también un animal? Había algo feroz en aquel deseo, como la conducta de un toro, que lo llevaba a acercarse a ella y querer tocarla. Lo sentía en su cuerpo. Intentaba dominarse. Lo de la pregunta había sido un pretexto para estar más cerca, para mirarla detenidamente. Era ligeramente morena y de ojos verdes. Tenía aproximadamente su misma estatura y quizás poca diferencia en la edad. Le dijo que admiraba sus destrezas técnicas en las materias prácticas. También ella lo miraba y le sugirió que le explicara fisiología. Acordaron verse otro día para estudiar juntos materias en la que ella le confesaba sus dificultades.

El sábado siguiente por la mañana, se reencontraron en un salón de la Facultad fuera del horario de las prácticas y después de una hora de estudio volvieron a conversar animadamente. Estaban de nuevo cerca y mirándose mutuamente. Habían entrado en confianza. Él le dijo que la admiraba. Ella, sonrosándose y cambiando de tópico, le hizo ver que su decisión de estudiar veterinaria se debía a que conocía algo del comportamiento de algunas especies como perros, gatos, patos, hircos, y era capaz de comunicarse con ellas pues se había criado en una finca, que tenía en la casa de su tía en la ciudad, un loro y una guacamaya con los que dialogaba. Había aprendido a ordeñar las vacas de la pequeña finca de su padre, donde también había un caballo y claro, de tanto lidiar con cosas del monte desde niña era natural ver iguanas, ranas, lagartijas y que además disfrutaba la compañía de los patos y la belleza de los pericos multicolores, que un día lo iba a invitar porque había aprendido que si les cantaba las vacas y las cabras eran más dóciles y daban más leche. Le comentó que su madre también se había criado en el medio rural y le había transmitido el cariño por árboles y animales tropicales. Ahora de nuevo Tito se sentía atraído hacia ella. Se atrevió a tocar sus manos. Le dijo que era bella. También ella le confesó su admiración. Le dijo que se maravillaba de su talento en las disciplinas teóricas, que sus intervenciones en fisiología eran brillantes. Se besaron. Se prometieron seguir juntos, ayudarse en las materias. Fijaron una nueva fecha para estudiar fisiología y estadísticas.

A pesar de que ella era, en muchos aspectos, algo así como su otro lado, Tito enloqueció por Sandra. Se volvieron inseparables, desde aquel momento en que se conocieron, a la altura del tercer año de la carrera. Aquel impulso que los llevaba a buscarse y a estar cerca era algo excepcional en la vida de Tito. Antes solo había sentido una que otra atracción por alguna amiga. Él siempre había sido muy analítico



Oveja
www.klipartz.com

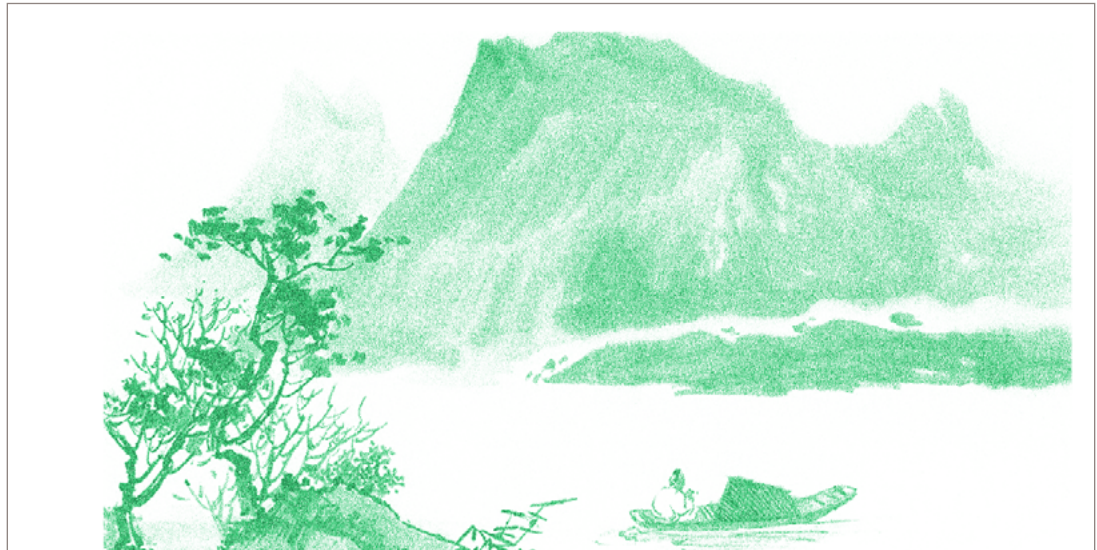


Flor
istockphoto.com

pero aquello era diferente, algo como un empuje ciego. ¿Sería eso también lo que llevaba a los animales a aparearse? Aquello parecía algo más que deseo. ¿Sería amor? Antes había tenido en el liceo algún flirteo ocasional con alguna amiga pero esto era distinto. Por primera vez se sentía extraño. ¿Quién era aquella mujer que estaba cambiando su percepción de la vida, que le hacía ver la naturaleza y particularmente el reino animal desde otra perspectiva. ¿Demonio o ángel, animal o flor? A la vez delicada pero firme en sus actitudes, tierna y espontánea, Sandra era diferente a él pero ¿qué era eso que lo hacía sentirse como encandilado ante su presencia? Había también algo espiritual que los llevaba a confesarse intimidades, a compartir anécdotas y dificultades como la vez que ella enfermó de una bronquitis y él estuvo allí en la clínica y la acompañó y la acariciaba asiduamente. Cada uno se preguntaba qué era aquel impulso que los llevaba a compartirlo todo, a besarse como dos animales que se buscan para conocerse y protegerse. En todo caso ya Tito sabía de su ternura y había comprobado que ella no era como la mantis religiosa que podía matarlo en el apareamiento sexual.

Ahora él podía comprender a través de ella que existía el esplendor y la belleza del reino animal. Una belleza, que entendió, estaba más allá de sus miedos, sus prejuicios y su exacerbado concepto de la limpieza. El sentido de la atracción sexual entre los animales, observó igualmente, no conocía el pecado y los tabúes religiosos que tanto habían limitado su acercamiento a las mujeres. Comenzó a hacerse preguntas en torno al mundo de los animales, si existía algo parecido a un alma animal porque cómo era eso que Sandra decía que hablaba con algunas plantas y animales. Recordó que había leído algo de un psicólogo llamado James Hillman que plantea la existencia de una sensibilidad e inteligencia en los animales y sobre Charles Darwin y su famosa teoría acerca del origen del hombre en la que, según se especulaba, el mono es un eslabón importante en el desarrollo del ser humano. Fue a verse a un espejo y aunque no le agradó la imagen comparativa se prometió indagar más sobre esos temas que le parecían un tanto controvertidos. Ahora su prioridad era Sandra y a ella no la veía como una mona, sino más bien, pensó, como eso que llamaban un ave del paraíso.

Superados los exámenes para obtener los títulos de médicos veterinarios de la Facultad, Sandra le hizo saber a Tito que su comprensión del reino animal era más intuitiva y amorosa que experimental o científica. Eran ya una pareja. Habían formalizado la unión en ceremonia civil sencilla en la casa de su tía, donde vivirían un tiempo. Esa mañana de bodas Sandra le recordó a la familia presente que a pesar de haber logrado el título universitario, mucho de su aprendizaje venía de su madre y de su abuela ya desaparecidas. Les rendía un homenaje en el primer brindis de tan importante ocasión. Ellas, señaló, apelaban a la sabiduría de sus ancestros, a una suerte de conocimiento mágico o mítico que respetaba un orden y una armonía naturales, como si la vida estuviera toda regida por un ritmo sagrado. Sandra no podía ocultar su alegría. También ella estaba profundamente enamorada de Tito, aunque reconocía que la vocación de él, era más el conocimiento teórico y la experimentación científica que la vida rural. Sabía que su marido estaba llamado a hacer carrera científica. Gracias a ella había vencido su resistencia a ciertos animales y le gustaba el trabajo en laboratorios. Otro día, en ocasión de atender ambos una invitación a una hacienda en la que experimentaban un cruce de razas de ganado bovino, Sandra, retomando la vieja conversación con Tito sobre el universo animal, le comenta:

Montañas / www.klipartz.com

- Quizás las mujeres estamos más cerca de la naturaleza que el hombre. Parimos, criamos, amamantamos, protegemos a nuestros hijos. Tenemos nuestro ciclo menstrual. Nuestra inteligencia es expresión de nuestra sensibilidad pero tenemos a la vez la energía y las capacidades de transformación propias de la naturaleza. Somos receptoras y dadoras de vida. Somos en buena medida naturaleza y entendemos al ser humano y su cultura integrados a ella, como en general los indígenas o algunas etnias africanas que sienten amor y respeto por la tierra pues la consideran una divinidad primordial. Es la Pachamama de las culturas andinas, agregó.

- Si, puede ser- le respondió Tito, por cuya mente se cruzó la sentencia bíblica “polvo eres y en polvo te convertirás”, tan escuchada algunos domingos durante el rito de la misa. Los hombres o varones parece que siempre hemos estado a la ofensiva, conquistando territorios, defendiendo lo que creemos que nos pertenece, aunque eso nos lleve a agredir o destruir. Siempre hemos hecho la guerra mientras la mujer pareciera que históricamente ha propugnado el amor.

- Hay que aceptar no solo la diversidad de especies animales, le dice Sandra, sino también la dignidad de muchas de ellas, mientras cura la pata de Capitán, el perro de la hacienda que, le acotó el dueño, acababa de cumplir los diez años. Fíjate, le dijo, tenemos todos, hombres y mujeres, muchas actitudes en las que nos comportamos como animales. Nuestras necesidades básicas como comer, defecar u orinar son propias de animales. No entiendo por qué las designamos con palabras que consideramos feas o indecentes. Tenemos que aceptar que también somos animales. Nacemos desnudos como los animales y desnudos como ellos hacemos el amor. Es más, en eso los imitamos, que si la posición del perrito o la del mono, la del delfín o la de la mariposa. Claro, nos distinguen muchas cosas, la escritura, por ejemplo, la educación, el sentido del humor, que es una forma de inteligencia, entre tantas. Aunque a veces

somos más salvajes que los propios animales, piensa solo en lo que hicieron los nazis, en cómo se ha torturado y perseguido a los negros, en fin, preguntó Sandra, será por eso que alguien dijo que “cuanto más conozco a los hombres, más quiero a mi perro”.

Tito se desentendió de la pregunta de Sandra pues sabía que ella admiraba la libertad con la que actuaban los animales, sin atenerse a prejuicios o a tantas a veces hipócritas fórmulas morales. Recordó que había leído algo de un tal Aristóteles que hablaba del ser humano como animal político, pero vio que la conversación se extendía hacia temas muy serios, con muchas aristas y optó por invitar a Sandra a un almuerzo, una vez culminada la visita a la hacienda, para celebrar los primeros seis meses de la boda. Sería una comida en la granja de su familia, le explicó, que estaba relativamente cerca. Mi mamá, le dijo, preparó tu apreciada torta de cumpleaños. La ocasión era propicia para volver a brindar, esta vez con algunas cervezas.

- Aunque sé que los humanos somos depredadores, debo reconocer que entre mis preferencias culinarias está las parrilladas de solomo de res o el chivo asado, le advirtió Tito mientras encendía el auto. Tendrían que recorrer un breve trayecto de más de veinte minutos que los llevaría a transitar unos nuevos caminos rurales y a presenciar como la lluvia de la nueva temporada de invierno refrescaba un poco y hacía crecer grandes extensiones de leguminosas y frutales.

Mientras tanto papá, en la granja iniciaba los preparativos para recibir a la pareja. Le había dado la orden a Eustoquio de seleccionar y sacrificar un chivo para comerlo asado. Había visto menguadas sus ganancias, pero tuvo que diversificar su negocio ampliándolo hacia el área de distribución de alimentos para pollos y gallinas. No le iba mal. Ahora cuadraban mejor las cuentas.

Pasado el tiempo Tito se convirtió en un renombrado científico, experto en fisiología animal. Era ahora más tolerante con respecto a hormigas y lagartijas pero continuaba evadiendo las moscas y otros animales rastreros. A pesar del amor por Sandra no había podido desentenderse del horror que le causaban las cucarachas o los murciélagos. Drácula no era su personaje preferido de adolescencia. Más bien recordaba con cierta extraña ternura al lobo de Caperucita Roja. Sandra, gustosa, asesoraba a papá en todo lo relativo a la reproducción de las cabras y los cerdos y en general al tratamiento de los animales. Papá se asombraba pues ella parecía conocer misterios, árboles, frutas medicinales, formas de la naturaleza y comportamientos de especies animales que Tito decía que no enseñaban en la Facultad y escapaban al propio conocimiento de él, de Eustoquio e incluso de la medicina veterinaria. “Así son las mujeres”, decía papá, “saben más que uno, parecen como brujas”. “Esa Sandra”, agregaba, “embrujó a Tito, es tan inteligente y despierta que “atrapa zamuros con las pestañas”.



menstruadora.com